

TU NOVIO Y TU NOVIA (cfr. CHARBONNEAU)

TU NOVIO

Con frecuencia el fracaso proviene, no de una incompatibilidad entre los novios, sino simplemente del hecho de que ignoran recíprocamente la fisonomía psicológica del sexo opuesto.

1. *Un mal corriente: la incompreensión.*

No es raro ver, poco después del matrimonio, que el entusiasmo cede y una cólera sorda, alimentada por el despecho que causa la incompreensión, enfrenta a los jóvenes esposos que acaban apenas de jurarse un amor sin fin. ¿Qué ha sucedido? ¿Se han engañado respecto a su amor? Quizá no. ¿Se han fingido la comedia de la ternura? Tampoco. ¿Han cedido sólo al atractivo de las promesas de goces sexuales? No necesariamente. ¿Cómo explicar esta tensión entre ellos dos, que los lanza al uno contra el otro, con el riesgo de destrozarlos para siempre? *Por la incompreensión.* Los cónyuges se encuentran fácilmente irritables y casi constantemente irritados.

Al principio se aman, sin lugar a duda; pero si quieren seguir así y hacer que se acrezca su amor, tendrán que ahondar su intimidad y penetrar el uno en el otro hasta el punto quizá de conocer al cónyuge mejor que a sí mismo. El precio del amor — por tanto, el de la felicidad — no puede ser más que ese.

2. *Orientaciones divergentes.*

La comprensión mutua es el primer paso que puede darse en el camino de la felicidad. Para convivir, la comprensión es tan importante como el amor.

Pero no puede haber comprensión si no se recuerda siempre la enorme diferencia psicológica que separa al hombre de la mujer. No hay que olvidar que "así como los cuerpos masculino y femenino son diferentes..., así también las almas masculina y femenina son distintas por su manera de considerar las cosas y de vivirlas".

3. *Rasgos característicos de la psicología masculina.*

Hay unas constantes psicológicas que estructuran el alma masculina, que la esposa debe tener presentes para juzgar a su marido, sin dirigirle acusaciones que serían profundamente injustas porque se habrían proferido sin tener en cuenta la naturaleza particular del hombre.

Por no haber comprendido esto, una mujer, llegada a su punto de saturación, incomprendida, pero quizá también incompreensiva, deja estallar su amargura y condensa en un juicio implacable su irritación, emplea casi siempre el término *egoísta*, cargado de desprecio, para acusar a su esposo. Lo que ocurre es que ha olvidado que se encontraba ante un ser muy diferente de ella misma.

a) Estructura característica del mundo interior masculino.

A la mujer, intuitiva, directa, cordial, le cuesta trabajo orientarse ante el razonamiento frío, gradual, riguroso del hombre. Éste deduce, encadena, forja una argumentación, distingue, y no acaba de llegar nunca a la conclusión. Durante ese tiempo, la mujer ha podido ver diez veces la verdad en cuestión y tiene además tiempo de exasperarse ante la lentitud de un razonamiento cuyo verdadero valor no siempre percibe.

Además, las más de las veces, el hombre elimina un montón de detalles para llegar al nudo de una cuestión o de un problema. Para él, las consideraciones que pueden desorientar a la mujer, tienen poca importancia cuando no influyen sobre el conjunto. Él se fija simplemente en lo esencial y se preocupa más de la síntesis que del análisis. Esto es lo que constituye la fuerza de sus posiciones. Estos juicios serán más laboriosos y más lentos que en la mujer cuya rápida intuición le permite quemar etapas. Pero, en general, serán más seguros.

La seguridad del juicio masculino podrá parecer, a veces, terquedad. Y es probable que lo sea. Pero antes de hacer este diagnóstico, la mujer debe procurar comprender, por un lado, que el punto de partida de su marido es diferente del suyo y, por otro, que el proceso subsiguiente es también completamente distinto. Al mismo tiempo en contacto con el espíritu masculino podrá adquirir una óptica objetiva y dar a los detalles sus proporciones exactas sin convertirlos en gigantes cuando en realidad son enanos.

Numerosos detalles que toman para la mujer proporciones de extraordinaria importancia, son, sin embargo, considerados por el hombre como bagatelas. Todo hombre, si no se ha corregido, es ciego para las «pequeñas cosas». Se le escapan muchas cosas: el vestido nuevo que ella se ha puesto para agradarle, el peinado modificado conforme a los deseos de él (tal vez ni siquiera recuerda ya haberlos indicado), los platos que él prefiere preparados en prueba de que no vive más que para él, y... hasta los aniversarios cuyo culto debería él mantener.

La esposa, en lugar de irritarse ante semejante estado de cosas y de hacer resaltar la menor inatención que se esfuerce más bien en ayudarle a percibir, poco a poco, los detalles de la vida que pueden hacer la unión conyugal más grata. Hay que enseñarle desde el principio que las pequeñas cosas tienen su valor, y que con frecuencia su lenguaje conmueve más hondamente el alma que las palabras más sonoras. Una rosa, por sí sola, puede valer más a ciertas horas que los macizos más floridos.

b) Sensibilidad masculina.

El hombre controla más sus reacciones, que son menos profundas que las de su esposa. Él también siente pena y alegría. Pero tiene mayor facilidad para no dejarse arrastrar por ellas. E incluso cuando experimenta una alegría o una pena realmente profundas se muestra a menudo incapaz de manifestarlo exteriormente. No hay que interpretar su mutismo, como indiferencia; aunque no repita mañana y noche "te amo", no se le crea desdenoso.

La mujer puede intentar activar esa sensibilidad para crear un clima más ligero. La esposa se aplicará sobre todo a hacerle comulgar en el tesoro de alegrías que su sensibilidad femenina le proporciona. "El hombre cansado de la vida exterior, monótona, racional, fatigado del continuo esfuerzo defensivo y ofensivo que la razón le aconseja para mantenerse en equilibrio, bebe con avidez esta alegría pura que la mujer respira". ¡Qué enriquecimiento para un hombre poder apoyarse de este modo en la sensibilidad de su mujer para salir de sí mismo, de su monotonía congénita, de su apatía crónica, sumiéndose en una alegría plena!

c) Imaginación masculina.

La imaginación del varón sólo se pondrá en acción bajo el efecto de un violento choque y volverá a recaer enseguida en su apatía natural. De la imaginación masculina podría decirse que es la más perezosa de las potencias de que dispone el hombre. Mientras que la imaginación femenina sabe entonces inventar mil y una maneras de repetir la misma cosa, de rehacer el mismo gesto, la del hombre se busca con dificultad. Por eso puede llegar a ser fácilmente esclavo de la costumbre. Su material de expresión es limitado. Ayudado por la rutina, reduce pronto sus modos de comunicación a unas pocas maneras de hablar. Para expresar su amor, no dispone más que de la palabra «amar», ante la gran desesperación de su esposa... y para su propio fastidio. Esto le permite con frecuencia evitar el pánico ante situaciones difíciles, el miedo excesivo ante ciertos riesgos necesarios.

d) Egoísmo masculino y autoritarismo femenino.

Por poco que la mujer interprete los reflejos de su marido a través de su propia manera de hablar, de actuar, de sentir, de razonar, de imaginar, corre el riesgo de atribuir al hombre un mutismo estúpido, cierta brusquedad, insensibilidad, terquedad y, finalmente, vulgaridad. Es lo que revela, en definitiva, la acusación de egoísmo generalizado, dirigida contra los hombres. Ciertamente, muchos hombres son egoístas y transforman las inclinaciones de su sexo en defectos bien caracterizados. En caso de que haya ocasión para la mujer de asir el timón, que lo haga discretamente, «femeninamente», es decir sin que lo parezca.

e) Comportamiento religioso del hombre e influencia de la mujer

El fervor religioso del hombre es, con toda evidencia, mucho menos perceptible que el de la mujer.. La esposa debe abstenerse de hostigar a su esposo para llevarle a una práctica religiosa que se ajuste con la suya propia. En este terreno más que en cualquier otro, la esposa debe desplegar todo el tacto de que disponga para suscitar en su esposo un despertar espiritual feliz

Ya la novia tiene excelente ocasión de poner su valor a prueba; la última temporada de relaciones implica, en efecto, dificultades morales mayores, debidas a un compromiso que es cada vez más completo. La novia que quiere que sus relaciones conserven cierta calidad debe, pues, lograr que su prometido comparta su ideal espiritual. Si lo hace con tacto, tiene todas las probabilidades de triunfar, provocando una reacción profunda y saludable. El viejo refrán sigue siendo cierto: se atrapan muchas más moscas con miel que con vinagre.

4. La comprensión, forma del amor.

La mujer debe grabar en su mente que para amar mejor, necesita comprender mejor al hombre. Sin duda, descubrirá ella que el hombre tiene defectos nada fáciles de eliminar. La mujer perderá en ello algunas ilusiones ingenuas, pero ganará en realismo y conocerá la verdad de su amor. Porque un amor que no abarca un ser en su totalidad, incluyendo sus imperfecciones, es demasiado débil para conducir al matrimonio. "Cuando se ama un ser, se le ama tal como es".

La mujer deberá esforzarse en hablar un lenguaje sencillo, sin circunloquios, y por ello, accesible a su marido. En efecto, una de las características de la mujer es la de que quisiera ser comprendida sin expresarse, ser adivinada sin revelarse. La mujer debe atenerse, en la medida de lo posible, a *pedir las cosas que desee y a no pedir las que no desee*.

TU NOVIA (cfr. CHARBONNEAU)

1. Necesidad del esfuerzo perseverante por la comprensión

Por compleja que sea la mujer (lo bastante compleja para que a veces a ella misma le cueste trabajo comprenderse) sería exagerado decir que es incomprensible hasta el punto de resultar impenetrable para su marido. A menudo por ser demasiado perezosos no consiguen los hombres comprender a su mujer. Ese terreno movedizo que es el alma

femenina no se deja explorar más que por aquel que, con *mucha paciencia*, acepta el renovar sin cesar sus esfuerzos durante muchos años.

Conviene que el novio se convenza de que le es absolutamente necesario aplicarse a comprender a su novia, hoy, y, más adelante, a su esposa. Si no, vendrá la *desunión segura*, el divorcio interior, cuando menos, y acaso incluso la ruptura exterior. Una mujer no puede vivir más que con un hombre que la comprenda. Por tanto, el hombre debe saber sacudir la indolencia natural que le inclina a pensar que todo marcha muy bien, de tal modo que se cree dispensado de todo esfuerzo.

El hombre no debe nunca renunciar al esfuerzo que se le exige para lograr una verdadera comprensión de su compañera. Una mujer puede ciertamente soportar el no ser comprendida aunque esto la haga sufrir: está dotada de la suficiente generosidad para soportar esta durísima prueba. Pero no podrá ella admitir jamás *que no intenten* comprenderla. De todos los pasos en falso que dan los hombres, éste es el más grave, al parecer.

«Sólo amando se puede comprender íntegramente a una persona», y sólo esforzándose en comprender íntegramente a una persona se puede decir que se la ama. El amor del hombre no vale más que lo que vale el esfuerzo de comprensión con el cual lo revela.

2. *El fundamento de la psicología femenina: el papel de madre.*

Si el hombre tiene empeño en comprender el universo psicológico de su esposa, deberá fijarse primeramente en la maternidad, clave del alma femenina. En el ser de la mujer todo va dirigido a la maternidad. Es ésta «una función que la absorbe enteramente, que pone su marca en los menores detalles de su vida física, intelectual y sentimental. Esto no significa que ‘la función maternal’ sea la única orientación susceptible de ser adoptada por la mujer. Pero «la maternidad es el secreto profundo de la mujer, el que la hace para nosotros, hombres, sagrada e incommunicable a la vez».

3. *Rasgos característicos de la psicología femenina.*

a) La intuición de la mujer.

La mujer llega directamente al corazón de las cosas: las percibe, las... «siente». El hombre debe tener cuidado de no dejarse desconcertar. Su propio modo de reflexionar conforme a un ritmo «racional», apartado en lo posible de las interferencias del corazón, corre el riesgo de ser completamente superado por la intuición femenina. A menudo el hombre se obstinará en hallar la armazón lógica que, según él, debe acompañar todo razonamiento. Y como no lo encontrará, se imaginará que los juicios emitidos por su compañera, carecen de todo valor. De aquí a no tener nunca en cuenta lo que dice su mujer, no hay más que un paso.

Y desde ese momento, en el matrimonio después de unos meses de fogosidad superficial en los que se contentarán con vibrar al descubrir uno el cuerpo del otro, volverán a encontrarse en el vacío. Para llegar a este intercambio, es preciso que el hombre se libere de un complejo de superioridad muy difundido entre el sexo masculino: que no se confiera un título de buen sentido absoluto, y que sepa aguzar la fuerza de su razonamiento en la agudeza de la intuición femenina. No se trata para él de echar abajo una puerta, sino más bien de encontrar la llave que le permita abrir definitivamente el alma de su mujer.

b) La sensibilidad.

La mujer es esencialmente sensibilidad. El hombre no se repetirá nunca lo suficiente esta verdad: «La clave de la psicología femenina es el corazón. No debe perder de vista la siguiente regla: *juzgarse siempre con respecto a la sensibilidad de su mujer.* El amor, que no es una palabra sino una realidad, no podría aceptar el hacer sufrir inútilmente al ser amado. Pues bien, a ese sufrimiento inútil e indignante para la mujer, por ser cotidiano, conduciría la falta de delicadeza del esposo.

La mujer seguirá siendo fundamentalmente vulnerable, a causa de su sensibilidad natural. Contra esto no puede ella hacer nada, ni tampoco el hombre. En estas condiciones, no le queda más que aceptarlo de buena gana, y hacer el aprendizaje de su delicadeza. Si un hombre no quiere obligarse a ese trabajo, si no quiere aceptar los sacrificios que eso entraña, que no se case.

La sensibilidad de la mujer es en cierto modo el maravilloso instrumento que le permite evolucionar en medio de los seres a quienes ama consagrándose *totalmente* a ellos.

Hay un elemento de la psicología femenina que el hombre tiende a olvidar: ese estado de espíritu por el cual la mujer desea lo «gratuito». ¿Qué debe entenderse por esto? "...La mujer quiere *ser amada*, moral e intelectualmente, o, mejor dicho, *quiere ser comprendida*, lo que, para ella, es lo mismo, o, mejor aún, *quiere ser adivinada*; quiere que el hombre la consuele cuando esté triste, la aconseje cuando se sienta indecisa, demuestre por un signo visible de reconocimiento que le agradece los sacrificios que ella hace voluntariamente por él, pero quiere, sobre todo, que él haga todo esto *sin que ella se lo pida*. El consuelo, el consejo, el elogio, el regalo que responden a una petición directa pierden todo valor para la mujer".

c) El culto del detalle.

La mujer está hecha de tal modo que para ella no hay detalles; todo es importante. Es fácil imaginar lo que sería entonces el hogar; basta para ilustrar esta imagen visitar un apartamento en donde ninguna presencia femenina viniera a salvar el orden. Esto no significa que él deje que su esposa se convierta en una de esas mujeres meticulosas que son la desdicha de su hogar y que destruyen su propia personalidad volviéndose, por ejemplo, maniáticas de la limpieza, reduciendo con ello a quienes las rodean a una esclavitud abrumadora y ridícula.

d) La función de la imaginación.

El hombre debe ayudar a la mujer a adquirir el dominio de su imaginación. La "loca de la casa" puede invadir a la dueña del hogar e imperar realmente como la loca de la casa. De esta invasión nacerán a menudo los celos, las recriminaciones acres, las "crisis" de todo género. Para hacerlo, debe él *saber escuchar* a su mujer. Cuando una esposa puede liberarse de todas esas ideas que se agitan en su cabeza y que sirven de materiales para hacer castillos en el aire, negros o rosas, cuando halla en su esposo unos oídos atentos, tiene todas las probabilidades de mantenerse dueña de sí misma. Numerosos son los que interrumpen bruscamente la necesidad de expansión de la esposa; con sonrisa burlona la invitan a callarse, lo cual cumplirá ella de tal modo, que llegará un momento en que no pensará ya en abrir su alma. Entonces, acumulará dentro de sí misma los rencores exacerbados, se construirá un universo interior del que estará excluido su esposo, de tal suerte que el día en que él quiera reanudar el diálogo, será recibido como un intruso. Ella le opondrá un silencio obstinado del que no podrá él quejarse pues lo habrá querido y preparado.

4. *La clave de la psicología femenina: la delicadeza.*

a) La mujer, delicada en su ser corporal y psíquico. A menudo el marido tendrá que intervenir, sagaz y diplomáticamente para proteger a su mujer contra ella misma. Sobre todo en lo referente al trabajo fuera del hogar. Se encuentran con mucha frecuencia novias que se empeñan tenazmente en no abandonar un puesto lucrativo, o interesante, excesivamente absorbente. Hay razones múltiples que exigen una flexibilidad del trabajo de la mujer fuera del hogar.

El hombre deberá esforzarse en comprender las súbitas variaciones de humor que su esposa sufrirá a veces. Esto se hará especialmente sensible al llegar el período de las menstruaciones. Cierta irritabilidad periódica, cierta melancolía, una indolencia extraña, son otras tantas manifestaciones que pueden acompañar ese fenómeno. «La menstruación es importante... también porque es una hemorragia que ocasiona *impulsos agresivos, ideas de autodestrucción y angustiosos*».

Él, debe mostrarse conciliador, comprensivo, lleno de ternura y de delicadeza. Quizá nunca tanto como en esa circunstancia puede hacerse querer de su mujer.

b) Necesidad en el hombre de cultivar la delicadeza.

Se debe decir que él es responsable del equilibrio psicológico de su esposa. Y que si no le ofrece ese auxilio tiernamente comprensivo a que nos referimos, falta radicalmente a su papel de hombre y de cristiano. San Ambrosio advertía enérgicamente a los esposos: "Tú, el marido, debes prescindir de tu orgullo y de la dureza de tus maneras cuando tu esposa se acerque a ti con solicitud; debes suprimir toda irritación cuando, insinuante, te invite ella al amor. Tú no eres un amo, sino un esposo; no has adquirido una sirvienta, sino una esposa. Dios ha querido que seas (...) un guía, pero no un déspota. Paga su ternura con la tuya, responde de buen grado a su amor. Conviene que moderes tu rigidez natural por consideración a tu matrimonio y que despojes tu alma de su dureza por respeto a tu unión".

A una mujer le es imposible amar a alguien a quien no estima. Consciente de esta necesidad en que se encuentra su esposa de *estimarle hondamente* a fin de poder *amarle hondamente*, el hombre se esforzará en proceder con mucho tacto y una delicadeza hábil y constante. Será el primer paso. El segundo paso será la calidad de su vida moral. Ante un prometido que trata los valores espirituales a la ligera, la novia se siente indecisa con frecuencia; y ante un marido en quien descubre ella una indiferencia negligente, o el simple desprecio, la mujer, a menudo, se cierra y aísla. Pascal decía que «el primer efecto del amor es inspirar un gran respeto». El respeto resulta imposible, a consecuencia de la calidad inferior del ser amado; e inmediatamente el amor mismo sufre la repercusión y se atenúa proporcionalmente. Si a causa de la influencia del marido, la mujer derroca su escala de valores para acomodarse a una vida moral que no responde a sus aspiraciones profundas, puede ésta llegar a ser destruida. El marido habrá preparado entonces su propia desgracia. En cualquier caso, el hombre que quiere conservar el amor de su mujer debe, pues, vivir en un ambiente espiritual elevado. Si ayuda a su mujer a acercarse al Señor, la habrá ayudado al mismo tiempo a acercarse a él mismo, y ella le amará aún más.

5. *Aprender a hablar a su novia.*

Ser capaz de explicarse con su novia y ser capaz de recibir las explicaciones de ella, es realmente indispensable para la armonía. Indispensable en el sentido más riguroso de la palabra. Desde el período del noviazgo el hombre debe desarrollar esa voluntad de intercambio con su compañera. No negarse nunca a explicarse, pues una negativa

tal es uno de los más graves pecados contra el amor. Sería una puerta cerrada al único camino que puede conducir a la felicidad. Que emplee en ello paciencia y que aprenda el lenguaje de la mujer, de «su» mujer.

6. Preparar su felicidad.

Entre un hombre y una mujer, hay tantos motivos de posible confusión, que quien no tiene buen cuidado en ello ve muy pronto multiplicarse obstáculos, sin cesar más peligrosos. El peligro para el hombre está en dejarse adormecer por una rutina fácil, no hallarse ya en estado de *amor activo*. Que será como consentir en el fracaso porque el hogar estará muy pronto envenenado por la indiferencia.

Desde el principio y siempre, el marido debe ser ante su mujer un hombre consciente, hábil, que sabe lo que debe decir, cómo decirlo, lo mismo que debe saber lo que debe hacer, cómo hacerlo y cuándo.

VI CÓMO TRATARSE DURANTE LAS RELACIONES (cfr. CHARBONNEAU)

El primer objetivo de las relaciones: iniciar la comprensión. Las relaciones carecen de sentido si no se desenvuelven en un clima de descubrimiento. Conocer al otro, traspasar su corteza, averiguar detrás de las apariencias la verdadera configuración de su personalidad, captar su valor profundo, aprender a adaptarse a sus reacciones, a intuir sus deseos; he aquí por qué deben ser orientados siempre. Los lazos del corazón serán tanto más sólidos, tanto más duraderos cuanto más profundo y más serio sea su conocimiento mutuo.

Quien emplea esos meses en divertirse solamente, quien en lugar de inclinarse con avidez sobre el alma del otro, sobre su espíritu, sobre su persona, se limita a multiplicar las galanterías y a hacerse el apasionado, malogra sus relaciones.

No hay garantía más segura del amor que unas relaciones inteligentes. No hay relaciones inteligentes más que aquellas que implican, de una parte y de otra, una voluntad bien decidida de *conocer mejor al otro para amarle mejor*. Es preciso, por tanto, fijarse la siguiente finalidad con una energía tenaz y una conciencia constantemente alerta: *conocer al otro*.

De esta manera, colocarán los cimientos de su felicidad futura en un terreno sólido. Cuántas parejas procuran aprovechar hasta el máximo este intermedio pensando más en divertirse que en estudiarse recíprocamente, a fin de conocerse. Se dicen que más adelante, muy pronto incluso, surgirán las cargas de la familia que no permitirán ya entregarse a la vida; y se esfuerzan en aprovechar lo más posible lo que les parecen ser sus últimos meses de libertad. Esta mentalidad, mucho más difundida de lo que se cree, es una obra maestra de estupidez y de inconsciencia.

La decisión que se adopte al pronunciar el "sí" que empeñará para siempre y que encadenará la libertad, deberá haber sido larga y seriamente preparada. Antes de entregarse recíprocamente el uno al otro, es preciso haber juzgado al otro, porque el «sí» matrimonial equivale a una afirmación; supone, en efecto, que se reconoce que existe compatibilidad entre ambos contrayentes. Ahora bien, este juicio es imposible de emitir si no se han ocupado detenidamente en conocerse y estudiarse. La razón de ser de la época de noviazgo estriba en eso por completo.

2. Conservar la serenidad.

Para crear un clima semejante, hay que saber defenderse de sí mismo y no dejarse asombrar desde las primeras semanas. El amor está dotado de una virtud entusiasmante. Cuando dos jóvenes están enamorados uno de otro y perciben entre ellos los primeros chispazos del amor, es muy raro que no se sientan arrebatados por una euforia enardecedora. Que no se «piense» tanto y que se «sienta» mucho, es éste un fenómeno totalmente espontáneo que no se puede más que señalar sin censurarlo. Tiene uno derecho a emplear la censura cuando se llega a cultivar ese estado de cosas para prolongarlo indebidamente y vivir en ese falso clima. No hay que temer romper el encanto y volver a la tierra... lo antes posible.

Se deben seguir dominando unos impulsos pasionales que pueden traer el riesgo de lanzar a una pareja juvenil en la terrible refriega de los deseos, negándole esa liberación, sin la cual no puede actuar la inteligencia. Cuando de una y otra parte (o aunque sea de una sola parte) se ve uno hostigado sin cesar por las exigencias ciegas de una carne que palpita forzosamente tan sólo al ritmo de lo inmediato, cuando está uno sumido en un hervidero de codicias siempre renacientes y cada vez más vivas, ¿cómo penetrar en el mundo interior del otro? *Así pues, es preciso, a todo precio, conservar la serenidad*. Hay que tener cuidado, una vez concedido al sentimentalismo lo que tiene uno derecho a concederle, en detenerse para reflexionar a través de la luz completamente límpida de una inteligencia que sabe formularse la pregunta: ¿Podemos ser felices juntos y en qué condiciones?

El que no formule esta pregunta y responda a ella con sinceridad, sin paliativos, sin trampa, sin evasión, sin rodeo, no estará en condiciones de casarse. *El noviazgo sólo tiene validez en la medida en que se ha entablado estando dispuesto a... romperlo*. ¿Qué quiere esto decir exactamente? Pues que no hay que admitir nunca, en amor, la fuerza de la costumbre, ni sufrir la esclavitud del que dirán. Y tampoco la del temor a herir, si no hay otra manera de proceder.

No se trata, en efecto, de exigir de los novios que renuncien a divertirse como es propio de su edad. Se trata simplemente de abogar por la lucidez. Que se diviertan tanto como quieran, pero que sepan mantenerse despiertos y no se dejen arrastrar por una loca embriaguez. Sería inadecuado querer prohibir a la juventud que sea lo que es. Pero la ligereza, la inconsciencia, el ensueño, la temeridad ciega, ¡no! Son éstos unos venenos que han hecho fenecer demasiados hogares y que han sumido en la desgracia amores que habrían llegado a ser maravillosos.

Conservar la serenidad, para que los corazones sean realmente fogosos, con una fogosidad que no desaparece con el paso de los días. Los novios más apasionados se convierten a menudo en esposos fríos. Los novios más sosegados preparan con frecuencia un hogar en donde un amor efusivo se asentará de una manera estable.

3. No crear un clima artificial

Para emitir, en este sentido, un juicio sano y verdadero, hay que procurar no crear un clima ficticio. La artificialidad es uno de los peligros más temibles. Los hay que se ven así: van en coche, se detienen un momento en el hogar — apenas el tiempo de saludar a los padres— recogen a la muchacha y vuelven a partir en seguida hacia otro objetivo: cine, club, montaña. Ambos se separan entonces del medio normal y se crea un ambiente en el cual pierden contacto con la realidad. El peligro de este modo de proceder estriba en condenar a los novios a vivir en la ilusión. Pasados unos meses, cuando entren en la vida en común, no vivirán en el cine, ni tampoco en el club nocturno, ni en la montaña. Vivirán en un hogar muy sencillo, la mujer desplegando sus dotes de ama de casa el hombre aportando allí su buen sentido y su amor al hogar. Si es así el cuadro normal de evolución de la pareja casada, así debe ser también el cuadro normal de las relaciones. Éstas, deben, por consiguiente, hacerse en el hogar mismo.

En el hogar de la muchacha, primero. El novio podrá observar allí a su futura esposa en su papel por anticipado. Lo que sea ella en su casa, lo será en su futuro hogar. Si él la encuentra por entonces agría, sin interés, torpe, desdeñosa ante los trabajos hogareños, soñadora, siempre en acecho de una reivindicación o de una protesta, así será el día de mañana. Si por el contrario la encuentra valiente, activa y hábil en los trabajos caseros, llena de animación y de buen humor, si la encuentra capaz de vivir en su casa alegre y serena, así será ella mañana en su propio hogar.

El joven debe, a su vez, permitir a la muchacha que le vea evolucionar en su medio familiar. Si, observándole, le ve ella desaliñado e indolente, violento y grosero, impaciente y exigente, sabrá que él será así cuando vivan juntos. De igual modo si le ve amable con sus padres, lleno de delicadeza y de solicitud con su madre, cordial con sus hermanas, afable con todos los suyos, puede ella estar segura de que será así el día de mañana.

Importa también saber cómo es juzgado el otro por quienes le rodean. Desde hace años los padres, hermanos, hermanas viven juntos; han tenido ocasión de estudiar las constantes más hondas de la personalidad del hijo o de la hija. Escuchando discretamente, el novio podrá entonces descubrir lo que es su novia a través del juicio, por lo general bastante justo, que sus íntimos forman de ella; y recíprocamente.

Sin contar, además, que así se establecerá contacto con los futuros padres políticos. Sería superfluo insistir sobre la importancia de las relaciones entre jóvenes esposos y suegros. Las dificultades tan célebres que oponen a menudo unos a otros, no son solamente tema para fáciles bromas. Son, por desgracia, una realidad. "Quien se casa adquiere una familia". Ciertamente, no se casa uno con toda la familia. Pero pasa a ser parte integrante de ella. Lo cual supone que se ha aprendido también a conocerla y a adaptarse a ella. Tal adaptación no se realizará por el simple hecho del matrimonio. Con arreglo a las circunstancias concretas que rodean tal acontecimiento, el cónyuge ¿aceptará que esa familia sea ahora la suya? Por otro lado, la familia ¿va a dispensar una acogida cordial al recién llegado o va a cerrarse a él?

4. El medio social.

Así como el medio familiar tiene su importancia, de igual modo el medio social tiene la suya. Nadie es una isla. Es decir, que el que se casa no ingresa en un universo cerrado. Por el contrario, se encuentra ante un universo nuevo en el cual toda clase de figuras ocuparán su lugar; ese mundo en el cual evoluciona el otro. O tiene que aceptar ese universo e integrarse en él, o tiene que rechazarlo. En el primer caso, tiene derecho a saber a qué se compromete; en el segundo caso, el otro tiene derecho a que le prevengan de la recusación.

La pareja debe aprovechar sus salidas para entrar en comunicación con ese pequeño mundo constituido por los amigos. Está en el deber de penetrar en ese mundo, no imaginando que podrá apartarse de él más adelante, sino pensando, por el contrario, que los amigos de hoy serán los amigos de mañana.

Sobre todo para la mujer, existe el peligro de imaginarse que por la sola fuerza de su amor o por su sola habilidad, podrá, más tarde, separar al hombre de ese medio. Sería una grave ilusión. Puede suceder así, ciertamente, pero representa la excepción, la rarísima excepción. En la mayoría de los casos el joven esposo sigue tratando a sus amigos de antes.

Además, por regla general, se obtendrá de este modo una preciada indicación, porque el proverbio ha quedado con frecuencia comprobado: «Dime con quien andas y te diré quién eres». Es posible juzgar a alguien por sus amigos.

Que pueda haber en ello una probabilidad de error, es indiscutible; pero en la mayoría de los casos es realmente revelador. Por eso, lo que podría llamarse el «*test*» de las amistades debe efectuarse en el período de las relaciones.

5. Defender la intimidad.

No debe inferirse que la pareja tenga que llevar un ritmo de frecuentación que le entregue por entero a las exigencias siempre invasoras de una vida social demasiado intensa. Ni tampoco, que deba enajenar su intimidad con los futuros padres políticos ligándose a ellos en un clima de dependencia de excesiva amplitud. Los novios deben reservar lo mejor de su tiempo para ellos mismos. Por eso sería un error craso el preocuparse de todo menos de salvaguardar la intimidad.

El matrimonio no se debe contraer sin haber aprendido a conocer el alma del otro, todo ese mundo secreto que se agita detrás de la máscara y que no se revela más que poco a poco, gota a gota, parcela a parcela. Quien no profundice hasta ahí y no logre trazar la fisonomía interior de su cónyuge, no tiene derecho a unir su existencia a la del otro, porque no sabe lo que hace. En efecto, al contraer matrimonio, se pronuncia un "sí", que posee claramente el sentido de *siempre*. Ahora bien, no durará la unión por la carne sino por el alma. Es preciso, por tanto, que el conocimiento del otro llegue hasta su mundo interior, hasta el alma del futuro cónyuge.

Y la intimidad de los novios es el único camino que permite ese descubrimiento. Encontrarse, día tras día, a solas, y entregarse el uno al otro a lo largo de conversaciones que revelen poco a poco una parte de la riqueza del otro, y que descubran gradualmente, sin que se note apenas, su ser más profundo. Esta detención periódica, este corte con el exterior, esta concentración sobre el alma del otro, poseen la mayor importancia; *en esto se reconoce el carácter valioso de unas relaciones*.

No se trata de una charla insulsa sino de un intercambio. Descubrir mutuamente su alma, discutir sus respectivos conceptos sobre la mujer, el hombre, el amor, el matrimonio, los hijos, la vida y... Dios. No se construye un hogar sobre la gracia de una sonrisa, sobre el atractivo de un rostro, sobre la ternura de un instante. Se construye el hogar sobre todo lo que es la esencia misma del yo: los pensamientos, los deseos, los sueños, las decepciones, las penas, las esperanzas, las alegrías, las tristezas. El amor implica la puesta en común de todo eso.

Para que este clima sea posible, es preciso que la pareja sepa no dilapidarse. Que se diviertan, bien está. Que no hagan más que divertirse, aquí estaría el mal. Se esforzarán, en disciplinarse recíprocamente según las exigencias que hacen posible y viva la intimidad. Entre ellas, la primera es la sinceridad. *Querer franquearse con el otro*. Esto puede ser mucho más difícil de lo que se cree o de lo que parece. Porque cada uno de nosotros quiere guardar ocultos los secretos de su corazón. Descubrir el propio yo para dejar ver lo que se agita en el interior del mismo, es algo que cuesta.

Los novios no deben «esconder la cabeza». Por el contrario, deben franquearse mutuamente, lo más posible, dentro de, claro está, los límites de una sana decencia. No se debe incurrir en el exceso contrario y llegar a un exhibicionismo tan inútil como fuera de lugar, que les llevaría a detallar todas sus sandeces pasadas. Se trata de revelar al otro el pensamiento propio; *de* definir ante él esas grandes orientaciones por las cuales un ser se diferencia de cualquier otro, y conforme a las cuales efectúa su elección en la vida.

Por tanto, hay que hacer un esfuerzo para entregarse. Desatar esos lazos del individualismo. «Traducirse» al otro; nadie tiene acceso a ese misterio, como no sea introducido en él. El amor está basado en la comunidad de pensamiento. Hay que aplicarse a ello con energía, porque si la unión interior no se inicia ya en el noviazgo, no será nunca posible después.

Habrà que añadir a la sinceridad un gran afán de lealtad. Porque no se debe intentar presentar una imagen favorable de sí, cuando ésta no corresponde a la realidad. Cuando se trata del futuro cónyuge, éste tiene derecho a saber a qué se va a ligar su existencia. No podría haber mayor mezquindad, ni mayor estupidez, que la de no mostrar más que el lado favorable de uno mismo. *La franqueza de alma con la más total lealtad* será, pues, el medio por excelencia de evitar, el uno y el otro, las ilusiones pueriles. Unas relaciones que no estuvieran animadas por este espíritu no serían más que una diversión tonta.

Para practicar esa fórmula, tendrán que tener una gran humildad. Porque toda sinceridad es radicalmente imposible sin humildad. Cuando los primeros lazos del amor han ligado a un joven y una muchacha con la suficiente fuerza para que piensen en entregarse por entero y de un modo definitivo el uno al otro, deben aceptar manifestarse según la más estricta verdad, sin intentar hacer creer -aunque sea sin malicia- que son personas superiores. Tener la humildad de reconocerse tal como es uno, ni más ni menos, y presentarse al otro sin falsa riqueza, sin falso esplendor, sin ese brillo de bondad con el que cada cual procura adornarse sin saberlo. Es ésta una condición necesaria para la futura armonía de la pareja y para la *verdad del amor*.

Hay también que abrirse al otro, es decir aprovechar la época de las relaciones para corregir las preocupaciones egoístas y convertirlas en una constante solicitud hacia el otro. Porque el amor es incompatible con el egoísmo, y porque las relaciones deben preparar el amor definitivo, nada más lógico que exigir de los novios que aprendan a salir del círculo cerrado de sus intereses personales. *Desarrollar la preocupación por el otro* de un modo concreto. En esto, cada uno debe educarse a sí mismo. Cada uno debe esforzarse, por ejemplo, en asociarse a las preocupaciones del otro, en compartir sus gustos, en hacer suyos sus ocios. Desde el noviazgo hay que aprender a

franquearse con el otro, a renunciar a todo por él, a cultivar ese indispensable reflejo por el cual quien ama de verdad, quiere ante todo hacer la felicidad del amado. Hasta en las cosas pequeñas. Esta generosidad debe desarrollarse mucho antes del matrimonio a fin de que los primeros meses de éste no se perturben con penosas disputas. En suma, a la humildad de que antes hablábamos, hay que añadir una caridad soberana que va a iniciar, desde el período de las relaciones, el desposeimiento que implica todo amor.

Como no se desarrollen en este sentido, las relaciones asiduas son injustificables y peligrosas: corren el riesgo de llevar a situaciones equívocas y a amores descarriados. Pero para quien las comprende y las vive en el sentido que acabamos de exponer, se presentan como el período muy feliz en que el amor se consolida, se esboza la armonía futura y se prepara la felicidad del mañana.

Surgirán sin duda dificultades. Es muy natural. No se aprende de golpe a convivir con otra persona. Es preciso para ello un largo aprendizaje. Pero ya unas relaciones bien llevadas y sanamente orientadas consolidan una pareja y la preparan admirablemente para la unidad en la cual habrá de vivir en lo sucesivo, durante su vida entera. Sobre todo, pondrán en acción lo que podría llamarse el *mecanismo de la armonía* que consiste en ese juego recíproco por el cual la psicología propia de cada uno se transforma poco a poco para adaptarse al otro. En realidad, el secreto de la felicidad en la vida conyugal depende de ese mecanismo. Cuanto antes funcione, antes se logrará la felicidad.